BALCON



VACANCIA

El crecimiento a saltos es ya ley en la historia argentina. Por lo menos tres generaciones de antepasados han conocido esas bruscas ascensiones del país en el plano de sus valores vitales. Tras los períodos de euforia han seguido etapas de depresión y a veces de desaliento. Pero el terreno conquistado nunca fué abandonado por completo: ni la crisis del 77 ni la caída del 90 ni la paralización de 1931 significaron algo más que un alto reposante en el orgulloso surgir de nuestra parábola histórica.

Desde esta última fecha, el país parecía, sin embargo, haber entrado en un estancamiento definitivo. Sus elencos dirigentes hicieron crisis; su población permaneció estacionaria; su comercio exterior se inmovilizó en cifras apenas variables; su ya vetusta estructura política no cedió el paso a fuerzas renovadas de convivencia. Una ciudad argentina —Rosario—, exponente arquetípico del engrandecimiento material argentino, comenzó a exhibir esa vetustez prematura y desagradable de las grandes fábricas abandonadas.

Mas he ahí que de golpe el país inicia un nuevo envión hacia adelante. No interesa ahora discernir lo extrínseco de sus causas: el hecho es que el impulso industrial se multiplica, la tierra se valoriza, aumenta el índice de natalidad a la espera de una inmigración que pugna por irrumpir en nuestras puertas. La Argentina esboza su personalidad internacional y, en lo social, se sincera revolucionariamente consigo misma.

Pero esta vez el proceso de expansión ya no encuentra su adecuada traducción política. En otros países ellos se han visto expresados ya en un hombre ya en un estamento social. La Francia del siglo XVII encontró el primer camino, y el Rey Sol dió su nombre al siglo. La Inglaterra del siglo XIX encontró el segundo, y la burguesía comerciante de la City puso en el suyo la impronta indeleble de su estilo y de su imperio.

Ojalá que esta nueva era de progreso —huérfanos como estamos de sólidas estructuras sociales— hubiera podido encarnarse en un hombre. Ojalá que ese hombre pudiera haber sido el que hoy gobierna la Nación. Pero los que tienen el deber de ver claro no pueden engañar ni engañarse. Un viejo zorro de la política rioplatense ha hablado de "falta de pasta". Más allá de cualquier ejemplificación concreta, eso mismo es lo que nos dice la intuición, y nos obliga a proclamarlo.

Hay que buscar entonces el camino estrecho. Lo que no puede, lo que no es capaz de hacer un hombre, debe hacerlo, con más dificultad y trabajo, una generación. Nos adelantamos apresuradamente a señalar que ese quehacer no puede ser estrictamente intelectual ni puede cumplirse por vías persuasivas o de interpretación de los hechos. La labor debe ser cumplida en el barro —en el fango, si se quiere— de la acción pura. Pero sólo la pueden realizar núcleos naturalmente dirigentes, los que son capaces de gobernar los acontecimientos, no los que se sienten gobernados por ellos.

Expresar políticamente al país en esta nueva etapa rampante de su destino, he ahí la gigantesca tarea a cumplir. Para ello debe asociarse en una síntesis integral e indivisible las tres corrientes básicas de la actual sociabilidad argentina. Primero, la que emana del nacionalismo: su conciencia de país soberano; segundo, la que procede de la revolución laborista: el acceso a las palancas dirigentes de los sectores populares; tercero, el residuo salvable de las viejas generaciones liberales: el respeto a la ley y la salvaguardia de un estilo de conducta y de vida.

Sobre este trípode se puede y se debe forjar un poderoso movimiento político atenido al mínimo común denominador de aquellos elementos indispensables. Profundamente nacional, reciamente popular, sinceramente ceñido a normas establecidas, despojado de todo ropaje anacrónico (aunque el anacronismo sea de ayer y nos resulte grato), esa nueva fuerza morigerará, en la combinación, a cada uno de sus ingredientes y evitará, que cada de ellos llevado por su propia dialéctica, resulte excluyente y perturbador. Al propio tiempo suplirá una vacancia: la vacancia dejada por quienes tuvieron en su mano llenar con sus nombres una etapa de nuestra historia y han resultado inferiores a la misión que esa historia les requería.

El país necesita constructores y no parásitos aprovechadores de esa grandeza que una vez más llama a nuestras puertas. BALCÓN.

SUMARIO

L O S J O V E N E S F R E N T E

Sobre dos nociones capitales versó nuestra anterior exposición, las de juventud y crisis. Juventud, que biológicamente es época en que un organismo en ascenso cubre la fase del cuarto creciente, y que psicológicamente es pretensión de riguroso encuadre de conceptos, prevalencia del ideal sobre las exigencias supuestas o efectivas de la realidad y notorio dominio de un motivo intelectual, espiritual o afectivo sobre todo el resto de la vida psíquica. Juventud que es estilo de fuerza y pasión, que es confianza y alegría. Juventud que es consonancia entre lo que la mente entiende y lo que la voz expresa.

Crisis que individualmente es autoconciencia y opción de destino. Que socialmente implica inconformismo con los módulos a los que se sujeta la vida de relación. Examen de los fundamentos. Ruptura con el pasado próximo y búsqueda de un cauce por el que corran sin salirse de madre las aguas turbulentas de toda esa energía vital que la crisis libera y excita.

Destaqué la congruencia, entre la situación de crisis y la actuación juvenil, dado el carácter crítico que la propia juventud importa. Laín Entralgo, cuyo excelente libro ya citamos, nos señala que en esta edad se inician y cumplen tres magnos sucesos de la vida del hombre: el hallazgo y la creación de la propia personalidad, el descubrimiento de la continuidad y de la fugacidad de la vida, la capacidad de intervenir personal y creadoramente en el curso de la historia. Concluí parangonando con la misión de la juventud en tiempo de crisis, aquello que dice el Eclesiástico del Profeta Jeremías "Consagrado desde el seno de su madre para arrancar, destruir y arruinar; para edificar, plantar y reforzar". Es que a veces para edificar es previo destruir, y para plantar arrancar.

La vida social de los jóvenes se expresa y manifiesta en el mundo contemporáneo según dos vertientes principales, la clase social a que pertenecen y el sentido de sus preocupaciones, eso que desde fuera y desde dentro del hombre mismo, mueve su actividad toda o lo más noble de ella en una dirección fija. Por supuesto que siempre dentro de un ámbito geográfico determinado, más o menos amplio, según fuere la comunidad de circunstancias históricas, la facilidad y el deseo de relacionarse, y la conciencia más o menos explícita de un problema común a resolver, de una obra común a realizar.

Trataré de determinar cuál es esa juventud, esa o esas generaciones juveniles sobre cuya particular actuación quiero ocuparme. Creo que es un urgente tema de estudio, el de averiguar hasta qué punto es la Argentina una unidad hecha, cuál es la hondura de su unidad o sea en qué medida trasciende la mera organización jurídica estatal. Cuáles son las fisuras que la agrietan, cuáles los tónicos que pueden robustecerla. También es urgente conocer en qué medida nuestro ser, por encima de la organización estatal, comunica o se conecta, con otros, con los que puede darse más allá de las fronteras territoriales, intereses paralelos y salvaguardia de valores comunes. Al efecto que busco, doy por supuesto como ámbito geográfico de la generación juvenil el que señalan los hitos que se alzan en los límites hasta donde llega el ejercicio de la soberanía política. Se trata a su vez de la juventud, que por su categoría social y su preparación —el pudor nos impide hablar de "formación" —universitaria, integra ese círculo al que se llamó durante mucho tiempo "clase dirigente". De una juventud que de algún modo primero en casi pura teoría, y luego cada vez más en anheloso contacto con la realidad "hic et nunc", con su entendimiento y régimen, quiere ocuparse de la más alta y la más noble de las obras temporales o sea la conducción política.

Pero hay más, sé que voy a tocar un punto de harto espinoso y a decir algo susceptible de malentenderse. Esta generación de la que me ocupo lleva al plano político una auténtica, una viva preocupación religiosa. En política es antes que nada católica. No por cierto solamente católica, pero en amplia medida es su profesión de fe, no sólo la que dibuja las líneas principales de su actuación política, sino aún más la que le hace impostergable esa actuación. Cuando la línea religiosa es verdaderamente tal cruza el ser de arriba abajo y no hay ya potencia ni operación que no resulte signada con esa impronta. No se trata de emplear la religión para el uso y gobierno de la cosa pública, no se trata de ceñir la religión a la política, o de constituir a la Iglesia en un Estado. Esta última acusación que hoy se dirige a los católicos que se mantienen irreductibles a la tentación liberal, la dirigió ya con igual injusticia a toda la Iglesia Católica, Dostoievsky en la siniestra figura del Gran Inquisidor, y en aquellas palabras de otro de sus personajes que contraponiendo la iglesia rusa a la romana, dice: "No es la Iglesia la que se convierte en Estado: eso es Roma y su ensueño, es la tercera tentación diabólica. Es al contrario el Estado el que se convierte en Iglesia..." Esta juventud no pretende como Dostoievsky hacer del Estado una Iglesia, tanto valdría negar la subsistencia de un orden de la naturaleza cuyas leyes no han sido destruidas por la gracia. Lo que busca, lo que desea, y aquello por lo que lucha es el reconocimiento de una recta jerarquía de los órdenes, lucha por alcanzar en sí misma esa unidad fundamental que no reside en confundir Estado con Iglesia, o naturaleza con gracia, sino en armonizar en recta vida cristiana, individual y social, ambos factores. Es que sabe que en su actuación política puede jugarse su destino eterno. Es que conoce que todo voluntario desorden cualquiera sea el plano en el que incida es pecado y engendra pecado.

Creo tener situada ya la generación juvenil de la que me ocupo. Hablo de quienes vieron la luz en la Argentina, entre el año 1913 en que antes de la primera guerra nos hallábamos en el cenit de la confianza en el progreso y la civilización, hasta 1928 más o menos, en que se hacen sentir las últimas sacudidas aparentes de esa conflagración. De esa generación que abrió los oídos hacia el clamor de la cosa pública, y se dejó poseer y ganar por la semilla de la fe que el bautismo puso en su alma. No hablo de una entelequia, hablo de una promoción juvenil, que ha vivido y vive una común y agitada circunstancia histórica, que ha enfocado afanes similares, que se apoya en creencias comunes, que se ha formado en un grupo de autores y pensadores predilectos, que posee un estilo común,






RESPUESTA A MARCELO

Al Dr. Marcelo Sánchez Sorondo.

Estimado amigo:

He leído con particular atención su carta del 21 del cte., en la que manifiesta Vd. "cierta perplejidad" al enterarse por la aparición simultánea en BALCÓN de un artículo mío y de otro suyo sobre la política de derecha, "de que encaramos con criterios distintos, que no es decir opuestos, los mismos o casi los mismos temas".

Le confieso que no he logrado desvanecer todavía la perplejidad que, a su vez, ha producido en mí la lectura de su carta. Porque por ella me entero de que la suya y la mía son "dos posiciones literalmente en disidencia"; de que no es Vd. "quien se señala en disidencia" y que, por consiguiente, debo ser yo; de que lamenta Vd. que no haya yo "creído prudente concretar ninguna alusión al planteo desarrollado en su trabajo, pese a que así lo reclamaba la propia novedad de los temas abordados"; en fin, de que nos debemos mutuamente "una ya necesaria dilucidación".

Mi perplejidad se trueca en desconcierto, cuando reflexiono y advierto que la tesis en cuestión estaba en el desarrollo lógico de la serie de artículos iniciados por mí el 5 de julio, y que su defensa estaba particularmente prevista en el del 19 de julio. Implicaría ello que sin advertirlo Vd. ni yo, y a pesar de nuestra asidua y común colaboración en BALCÓN, ya entonces estábamos en "literal disidencia".

El desconcierto se trueca en asombro cuando reflexiono más profundamente y advierto que ésta mi posición, lejos de ser nueva, es tan antigua en mí como mi existencia literaria, ya que está defendida en "Concepción Católica de la Política", mi primer libro de 1932, y ha sido sostenida luego en publicaciones sucesivas y ha constituido el tema central de la tenaz campaña contra Maritain y sus amigos, campaña llevada, no precisamente y tan sólo contra su izquierdismo, si no contra su naturalismo, en el cual incurría después de haberlo impugnado tan enérgicamente en *l'Action Française*. Tres lustros, querido Doctor, de amistad, y, en cierto modo, de común colaboración, sin que ni Vd. ni yo advirtiéramos la "literal disidencia", y, lo que sería peor, de una disidencia provocada por mí; lo cual, de ser exacto, implicaría que recién, por vez primera, el 20 de setiembre último, habría yo defendido una nueva posición y justamente, en el número de *Balcón* en que Vd. sobre el mismo tema defendía una posición distinta, sino opuesta.

Confieso que no acierto a ver claro en este asunto, porque son tantas y tan grandes las implicancias que se acumulan; confieso que hasta empiezo a dudar sobre la identidad de mi persona en estos lustros transcurridos; identidad, por otra parte, de la que me resisto a dudar, pues mis adversarios, los "maritainistas", no cesan de tildarme de "contumaz" y "tozudo empedernido".

Además, tampoco acabo de ver por qué el hecho de publicar Vd. sus notables artículos sobre "La derecha", debía determinar en mí la omisión o disimulo de la defensa de una tesis a la que me había comprometido. Tampoco acabo de ver, por qué debía yo aludir a sus artículos; ¿acaso sostiene Vd. en ellos que una pura política de derecha sea la salvación del mundo moderno? Yo, al menos, no he leído en ellos tal cosa. Y si hubiera creído que podría estar en ellos implícita, no me hubiera atrevido a

A SU JUVENTUD (II)[*]

emergiendo por sobre tantas particularidades individuales.

Al tomar contacto consciente con la realidad, se dijo del orden que regía la vida social, lo mismo que Péguy dijera en su momento "...bay órdenes aparentes que encubren los peores desórdenes... —este es,— un orden de superficie, gangrenado, mortífero... un orden mortal para la fecundidad, para los intereses, profundos, durables de la raza y de la patria". Antes de discernir en detalle, tuvo esa intuición del conjunto. Vió una subversión fundamental removiéndose en las entrañas, bajo una superficie de apariencia límpida y tranquila como la de un lago. Padeció en tantos casos individuales la dolorosa sensación de divorciarse de sus padres. Mirando hacia adelante comprendió que quizás también para ella se escribió en el Eclesiastés, "Hora hay de matar y hora de medicinar; hora de demoler y hora de edificar".

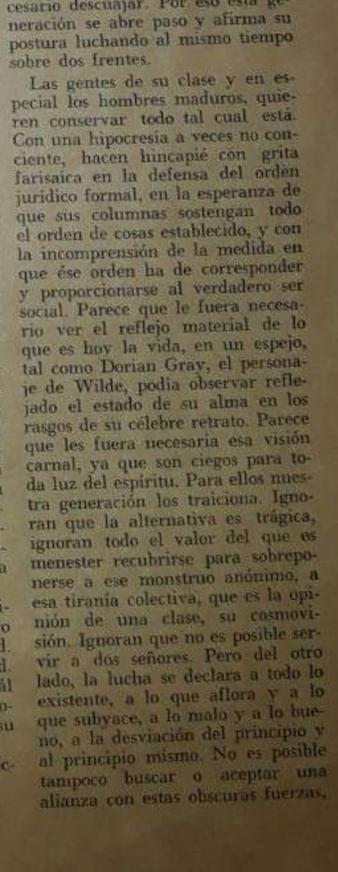
Dice Thibaudet en su Historia de la Literatura Francesa, que la generación literaria de 1820, "no es una generación de herederos, pues ese cuarto de siglo no le ha transmitido un mundo hecho, sino un mundo por hacer y no le ha dejado modelos". La situación de esta generación es aún más precaria, ya que por sobre los cimientos de la construcción futura que apenas se comienzan a excavar, se muestra aún la mole arruinada, aunque en casos de apariencia firme, o el escombro confuso de todo lo que ha caído o debe caer. Mezcla peligrosa de cosas buenas y malas. De verdades y valores que hemos de conservar y que por desgracia aparecen unidos a tantas otras cosas que reclaman el bisturí o la piqueta.

La época a cuya agonía, y cargo a la voz agonía con todos sus sentidos, asistimos, se apoyó en dos pilares: a) en la exaltación de la razón humana, única fuente de todo conocimiento válido; b) en el dominio de la naturaleza y de los medios de riqueza como fin supremo de la vida. El propio Maritain que tan generoso cuanto peligroso esfuerzo ha hecho por "simpatizar" con el mundo de hoy, lo afirma con precisión en "Ciencia y Sabiduría", "Un mismo deseo... lanza al corazón humano hacia la posesión de las cosas por los medios de dominación material y por los medios de dominación intelectual... Es muy significativo que el reino de la ciencia divinizada y el reino del dinero hayan tenido su primera aurora anunciadora, a la misma hora en la mañana del mundo moderno".

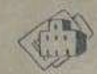
En cuanto a lo primero, en cuanto a ese culto de la ciencia positiva hecha paradigma de todo y cualquier legítimo saber y considerada como el más noble precipitado humano, en cuanto al racionalismo orgulloso, esa generación comprendió desde el primer momento en qué posición había colocado al hombre. La razón empeñada en formular a la zaga de Descartes ideas claras y distintas sobre todos los problemas, empeñada a la zaga de Kant en organizar todo conocimiento según las formas de la ciencia físico matemática de Newton, actuó como disolvente y corrosivo. Segregó al hombre de Dios, de la tradición, de la sociedad, de la agrupación profesional y no pudiéndolo ya enfrentar a nada lo volvió contra sí mismo. En sus epígonos, el racionalismo por una curiosa inversión, exige para sí y sus obras y para su propio campo, la adhesión de fe, a la que antes combatiera tan sañudamente. En "La crisis de la civilización", Huizinga lo hace notar en frase bien precisa: "Extraños tiempos estos. La razón que otrora combatió la fe y creyó haberla desterrado, ahora para huir la propia ruina debe buscar en ella una salvación". Fideísmo absurdo pues en los lindes de la ciencia la evidencia racional y no otra cosa es el criterio de verdad. Absurdo pues el remedio no ha de venir de introducir una fe, que no es verdadera, pues no viene de lo alto, en campo que no le es propicio, sino en respetarla en el que le pertenece. Los últimos resultados del proceso los anota Ortega en "El tema de nuestro tiempo", en términos de lucidez impar: el hombre "Pierde toda fe espontánea, no cree en nada que sea una fuerza clara y disciplinada. Ni en la tradición ni en la razón. Ni en la colectividad ni en el individuo. Sus resortes vitales se aflojan... No conserva esfuerzo suficiente para sostener una actitud digna ante el misterio de la vida y el universo. Física y mentalmente degenera... mengua el coraje viril... comienza el reinado de la cobardía... En estas edades de consunción el valor se convierte en una cualidad insólita que sólo algunos poseen".

De lo segundo o sea del estado de cosas en que nos coloca ese afán desmesurado por los bienes materiales, ese empeño por centrar en su procura toda la vida humana, tenemos pruebas patentes que cantan con la voz de plomo de los hechos, toda la miseria, toda la inferioridad, toda la increíble e incurable mediocridad hasta la que ha descendido el hombre.

Bajo ése revestimiento de hechos y cosas detestables, subyace no obstante en buena parte del mundo moderno, aunque no en cuanto moderno, una armazón, un esqueleto, un alma que debe ser salvada. Hay instituciones ,costumbres, concepciones, verdades que deben preservarse y que se nos aparecen imbricadas en todo ese follaje de errores y perversiones que es necesario descuajar. Por eso esta generación se abre paso y afirma su postura luchando al mismo tiempo sobre dos frentes.



Las gentes de su clase y en especial los hombres maduros, quieren conservar todo tal cual está. Con una hipocresía a veces no conciente, hacen hincapié con grita farisaica en la defensa del orden jurídico formal, en la esperanza de que sus columnas sostengan todo el orden de cosas establecido, y con la incomprensión de la medida en que ése orden ha de corresponder y proporcionarse al verdadero ser social. Parece que le fuera necesario ver el reflejo material de lo que es hoy la vida, en un espejo, tal como Dorian Gray, el personaje de Wilde, podía observar reflejado el estado de su alma en los rasgos de su célebre retrato. Parece que les fuera necesaria esa visión carnal, ya que son ciegos para toda luz del espíritu. Para ellos nuestra generación los traiciona. Ignoran que la alternativa es trágica, ignoran todo el valor del que es menester recubrirse para sobreponerse a ese monstruo anónimo, a esa tiranía colectiva, que es la opinión de una clase, su cosmovisión. Ignoran que no es posible servir a dos señores. Pero del otro lado, la lucha se declara a todo lo existente, a lo que aflora y a lo que subyace, a lo malo y a lo bueno, a la desviación del principio y al principio mismo. No es posible tampoco buscar o aceptar una alianza con estas obscuras fuerzas,

SANCHEZ SORONDO

explicitarlo, ya que mi tarea no estaba provocada, en lo más mínimo por sus artículos, y no tenía yo ni derecho ni deber de explicitar lo que Vd. podría hacer perfectamente.

En fin, habla Vd. de que se hace necesaria una dilucidación. Pero pregunto: ¿dilucidación de qué? ¿Acaso no logro yo dilucidar el punto que me había propuesto?

¿Querrá Vd. decir dilucidación de nuestra "literal disidencia"? Pero, ¿es que entonces disentimos? ¿Será que entonces Vd. defiende que la solución del mundo hay que buscarla en una pura política de derecha? En este caso, permítame rogarle, estimado amigo, señale Vd. directamente la fragilidad de mi argumentación. Pues no creo que sea menester repetir aquí una argumentación largamente expuesta en el artículo de referencia. Sólo me ha de permitir que, en este caso, le señale mi extrañeza de que una persona como Vd., a quien admiramos por su fino y sagaz espíritu de observación de realidades sociales, no haya percibido que, hoy por hoy, se impone precisamente como solución de los problemas que aquejan a los pueblos modernos una política que superando los viejos y estériles esquemas de izquierda y derecha, se adecue al destino total y a las aspiraciones totales del hombre educado en la civilización cristiana, una política simplemente católica. Una política que, reconociendo su insuficiencia *histórica y vital* para componer la vida pública del hombre, recurra a la Iglesia y colabore con Ella en la restauración de la naturaleza caída; una política que, reconociendo asimismo el carácter supranacional que asume hoy la simple posibilidad de su ejercicio, trabaje en el sentido de los valores supranacionales de la secular civilización cristiana; una política que, teniendo conciencia de la necesidad de una clase dirigente como elemento estructurador de la sociedad perciba también que estamos en una época de prevalencia del hombre-masa, del *common man*, y que sólo de allí, debe salir esa clase dirigente y perciba sobre todo que la obra educadora de la Iglesia es insustituible en esta forjación de grupos directores; una política que sin escatimar el cumplimiento de "la justicia social más amplia, generosa y justa que hayan reivindicado jamás ninguno de los movimientos políticos y sociales que acaudillaban las izquierdas" no incurra en los desvaríos ideológicos de la Revolución. Y en estos cuatro caracteres —lo católico por oposición al naturalismo, lo supranacional a lo meramente nacional, una clase dirigente surgiendo de la masa a una clase dirigente "privilegiada", la justicia social en la tradición histórica de orden a un conservatismo también de privilegio —quiero señalarle cuatro puntos que sólo pueden darse en una política católica; y que no podrá ofrecer una "pura política de derecha" que, de sus entrañas, es naturalista, no tiene sentido de lo supranacional auténtico, imagina una clase dirigente no consubstancializada con la multitud, a la que desdeña y, en fin, no ve con buenos ojos los programas de justicia social. Una política, en suma, no sólo sin condiciones curativas pero ni siquiera con posibilidades de actuación.

Tal es mi punto de vista, estimado doctor. Yo no creía que otro pudiera ser el suyo. Pero como Vd. habla de "literal disidencia", a Vd. le corresponde, entiendo, fijar cuál sea ésta, porque recién entonces podríamos intentar el examen de su conciliación o síntesis.

Saludo a Vd. con particular afecto, suyo en Cristo.

JULIO MEINVIELLE.

que en definitiva llevan a sus últimos límites y consecuencias, los postulados materialistas y ateos contra los que tomamos hoy posiciones.

Por ello mismo tales fuerzas consideran a nuestra generación como el reducto más enconado de la reacción, como sus mayores enemigos. Pareciera además que en cada bastión que cae derribado hubieran inexorablemente de caer mezcladas cosas que aborrecemos y cosas que respetamos.

¿Qué nos cabe entonces hacer en horas como ésta? Por de pronto, y de algún modo hacernos presentes. Dice Laín Entralgo que en estas situaciones críticas más que un aprendiz de adulto el joven es entonces un hombre joven positivamente caracterizado por la peculiaridad de su juvenil contribución a la historia. La juventud existe como tal y reclama petulante y hasta agresiva su derecho a la operación histórica. Esto es necesario. Dudar como Hamlet es en definitiva suicidarse. Dice el infeliz protagonista: "La razón no hallo que me explique porqué viviendo digo, esto se debe hacer, habiendo causa y voluntad y fuerzas y maneras para poderlo hacer". No nos pase también a nosotros que a fuerza de inquirir causas y destilar razones nos quedemos sin hacer lo que debemos. ¿Pero qué es lo que debe y puede, y como puede y debe hacerlo esta generación?

JUAN MIGUEL BARGALLÓ CIRIO.

(*) Ver BALCÓN, nº 13.

UNA REVOLUCION EN FRIO

No nos llamemos a engaño: Perón y el peronismo comportan un cambio radical en la vida argentina.

El que a través de tantas vicisitudes, de tanta inestabilidad aparente, de tantas vacilaciones y tropiezos en la marcha del gobierno de junio, Perón consiguiera una y otra vez pisar terreno firme, proviene de que le tocó en suerte asumir frente a la situación política anterior al 4 de Junio, cuyo ciclo histórico habíase cerrado, la representación de "lo nuevo". De lo nuevo en cuanto tal, de lo que nuevo absoluto, en bruto; de que siempre le ha correspondido obrar a partir de hechos consumados.

Así, y para no referirnos sino al orden interno, más que sus propias aptitudes políticas, a Perón le ha beneficiado su condición de gran síndico liquidador de la quiebra ya consumada del régimen democrático.

No habría modo de imaginar siquiera la continuidad y progresivo afianzamiento de Perón en el mando político si antes no se aceptase, o mejor, no se viese —ya que a la vista salta— que el régimen anterior al 4 de Junio, considerado no en tal cual de sus partes sino en su totalidad, hallábase en las últimas. Estaba maduro para morir y murió.

Adviértase, cuando más no sea, que la prédica en pro de una mayor justicia social de que tanto se jacta el peronismo, colmaba de tiempo atrás los programas socialistas, y hallábase efectivamente realizada en no pocas leyes del trabajo de inspiración socialista o radical.

Es que la originalidad política de Perón, contra lo que en general se piensa, contra lo que acaso él piense, no consistió, no consiste, en su famosa "justicia social", ni en su destreza para imponerse a sus compañeros de armas —aunque ambos factores, claro está, contribuyeran al éxito peronista— ni en cosa alguna que no sea el haber, pura y exclusivamente, considerado al régimen político anterior al 4 de Junio como una totalidad orgánica, en cuya volteada caerían también todos sus componentes.

El azoramiento, el no disimulado despecho, el alardear tardíamente de sus avanzadas programas sociales, que caracterizan la actual situación de las fuerzas de izquierda, no tienen otro asidero lógico que el saberse —tales fuerzas— comprendidas en la quiebra general del Régimen. Y quien busque una prueba aún más concluyente que la anterior, no tiene sino que recordar el ruidoso fracaso que comportó la unión de comunistas y democráticos en la última contienda electoral. Tal coyunda, lejos de beneficiar mutuamente a las partes contrayentes, no hizo sino restarles —mutuamente también—, fuerzas y votos.

En efecto, nada favoreció tanto a Perón, y muy probablemente al país también, como que los comunistas hicieran causa común con los democráticos. Tal episodio determinará en la Argentina la suerte adversa del comunismo por no pocos años.

Es que, insistimos, el acierto político de Perón consistió en *obrar* —y aunque sus ideas hayan sido otras— como si todas las fuerzas políticas vinculadas al Régimen estuviesen, por eso mismo, muertas.

Pero, claro está, más fácil es ser liquidador de lo viejo, del pasado concluso, que depositario y responsable de lo nuevo, de un futuro que se aproxima ya, pero con la fisonomía borrosa aún. Una cosa es discernir que una legalidad dada ha perdido vigencia colectiva y que, por tanto, hay que desentenderse de ella, y otra, mucho más ardua, acertar con el nuevo ordenamiento jurídico que toda sociedad, sin solución de continuidad, exige. Para lo primero bastan buen ojo y audacia; para lo segundo se precisa genio, genio político.

Que no asuste demasiado esta última expresión. Que tampoco se nos tilde de enfáticos al enunciarla. Contrariamente a lo que pudiera creerse el genio político es menos relumbrante, menos ostentoso que el literario, el científico o el militar. Como tiene que habérselas con realidades infinitamente más humanas, más arduas y problemáticas que las literarias, científicas o militares, rara vez refulge nítido, sólo por excepción

EL VOTO FEMENINO

No vamos a tratar aquí acerca de la oportunidad o inoportunidad del dictamen de nuestro Senado sobre el voto femenino; sólo nos limitaremos a considerar un aspecto de los muchos por donde puede ser juzgado este hecho y que atiende a una razón de orden general, aplicable sin duda a nuestro caso particular pero que le sobrepasa y trasciende.

Por nuestra parte —y vaya esto como previa disgresión— creemos que toda participación activa de la mujer en la vida política es algo en sí desordenado, sólo admisible como un mal menor frente a otros males, y que supone por tal motivo una situación deficiente. Así, cuando en una de sus últimas alocuciones el actual Pontífice se refirió a la intervención de la mujer en los asuntos públicos, señalando normas para las mujeres católicas, no hemos de creer por eso que haya propiciado la participación de la mujer en política y, más concretamente, el voto femenino, como algunos lo han pensado, sino simplemente que ha indicado las obligaciones de la mujer católica frente a sus derechos políticos allí donde tales derechos han sido establecidos por el poder civil. Es decir, supuesto el caso de que haya voto femenino, de qué modo debe usarse de éste para el bien de la comunidad.

Mas dejemos ahora éste y otros planteos semejantes del tema. Tampoco nos referiremos a las consecuencias perniciosas a que puede dar lugar la intervención de la mujer en la vida pública, (ya alguien ha hecho notar ocurrentemente el significado peyorativo que advierte a este último término cuando se aplica a la mujer), no; hemos de atender directamente a una muy particular y concreta circunstancia, o mejor dicho, a cierto argumento que suelen emplear los feministas cuando propician el voto femenino, y que ha sido esgrimido también aquí entre nosotros.

Dicen en efecto los feministas que debido a la evolución misma de las cosas y al progreso en general ha logrado la mujer alcanzar el nivel en que se encuentra colocado el hombre, y que por lo tanto debe otorgársele los mismos derechos políticos que a éste. Suelen añadir también que la mujer ha estado sometida durante siglos, y que ahora —en la era de la libertad— ha llegado el momento de su emancipación y de hacerle entrega del derecho de elegir a sus gobernantes y aún el de ser elegida.

Prescindamos de esa subestimación del hombre que implica el argumento de los devotos del progreso a propósito del estancamiento ascensional masculino, y consideremos sólo la subestimación de la mujer que de hecho practican los feministas al proclamar que ella ha sido sierva durante centenares de años y que recién ahora, al lograr los derechos políticos, adquiere la plenitud de su libertad, es decir la oportunidad de desenvolver sus posibilidades y energías.

Hay en efecto en los partidarios del voto femenino una subestimación de la mujer junto a una sobreestimación del voto. No ignoramos que por el voto entienden los feministas sencillamente la participación en la política; bien, pero aún así, suponiendo que el voto signifique el medio más directo de intervenir en política ¿puede por ello afirmarse que el derecho al voto agregue un ápice a las muchas excelencias que desde tiempo inmemorial se han manifestado en la mujer o que le proporcione una oportunidad más de ejercer alguna calidad que hasta el momento se haya visto comprimida?

El Conde de Keyserling relata la anécdota siguiente: A una mujer canadiense muy femenina, madre de una docena de hijos robustos, le preguntaron si quería tener voto. ¿Voto? —dijo—. Si hay algo en el mundo que los hombres puedan hacer solos, por Dios los dejéis que lo hagan.

En efecto, hay en la mujer ciertas calidades que sólo a ella pertenecen, características propias, cuyo desenvolvimiento enriquece el acervo vital humano, y que por su misma índole están fuera de las posibilidades del hombre. En el caso de la anécdota citada ¿podría por ventura aquella mujer "madre de una docena de hijos robustos" considerar que el ejercicio del voto implique para ella algún progreso?, ¿creería que por tal motivo habría de encontrarse más próxima al ideal o arquetipo de mujer? Sin duda nada de esto pasaría por su mente y menos aún el que la educación de sus doce hijos, con todo el des-

se le reconoce y discierne a tiempo.

De ahí que el siglo romántico que tan bien se las entendiera con toda laya de "genios" no compaginase con el genio político. No hay política romántica. El genio político es, por definición, clásico, es decir, discreto, medido, equilibrado.

Pues bien, no nos despistemos: la operación política a que la vida argentina hállase hoy abocada requiere genialidad en quienes estén llamados a consumarla.

Repárese si no, y por lo pronto en lo siguiente. Perón para —desde su situación de "facto", esto es, al margen de los cuadros políticos tradicionales— llegar al gobierno, hubo de remover lo social, hubo de meterse en y con la subconciencia del país, con el fondo oscuro de unas energías sociales informes y anónimas. Hizo pues el psicoanalista del pueblo argentino. Y lo hizo, ya se vió, con éxito mayúsculo. Pero tal incursión por los infiernos sociales sólo fué posible efectuarla debido, precisamente, a que las estructuras políticas y jurídicas vigentes —la conciencia visible del país, para seguir con nuestro símil freudiano— habíanse resquebrajado. Sólo a través de las múltiples grietas del viejo armatoste democrático pudo pasar y manifestarse lo social en cuanto tal. Porque no se le dé vueltas al asunto: el orden político —democrático, monárquico o socialista— sólo es orden en la medida en que configura y armoniza energías sociales subyacentes. En cuanto deja de ser orden vivo, ordenamiento de lo social, éste —lo social tácito— sin esperar a más asciende a la superficie pública y atropella por doquier.

No se reproche, pues, a Perón que apoyado en lo social descabalase al Régimen. El Régimen por deficiencias intrínsecas había dejado ya de representar a la sociedad nacional.

Mas, por su parte, el peronismo y su jefe, no podrían sin al mismo tiempo cargar con responsabilidades innúmeras, eludir el problema a cuyos planteamiento y agudización han contribuído de manera tan inequívoca. En su deber está advertir con toda seriedad y honradez el grave, el dramático contenido de la presente situación argentina. Lo que hasta ahora acontece en las esferas gubernativas es, por el contrario, indicio de desorden, de frívola improvisación. Pero, si el gobierno, que está a tiempo, de veras y patrióticamente se propone evitar que las energías sociales puestas en movimiento por su propia prédica proselitista vayan a parar, tarde acaso, pero indefectiblemente, a la revolución roja, tendrá, de inmediato, que hacerse cargo de la necesidad en que él se encuentra de atinar con un "tratamiento" político enérgico, esto es, de base jerárquica y autoritaria, —si bien respetuoso de las libertades individuales y del orden civil—, que sin defraudar las esperanzas legítimas de las masas obreras proponga unas tareas y unos empeños comunes en que tenga cabida, por encima de los intereses particulares de obreros y capitalistas, el *sentir nacional* del país. Tal, y por difícil de realizar que parezca, el requisito previo a todo posible acierto desde el gobierno y en las actuales circunstancias argentinas.

Dos rasgos principales configuran, pues, la presente situación argentina: el uno la quiebra total del régimen político vigente hasta el 4 de Junio de 1943; el otro, que no es sino consecuencia inmediata del anterior, la aparición sobre el haz visible de la vida pública de energías sociales y anhelos de renovación mantenidos tácitos hasta la fecha señalada.

Ahora bien, el régimen político anterior a la revolución de junio era un régimen democrático. El de Perón aunque de incuestionable procedencia popular no puede decirse que lo sea. En todo caso no entra en casilleros conocidos. De todo lo cual podría seguirse que debido al fracaso y quiebra de nuestro régimen democrático se trataría de atinar con una ordenación política distinta de la democrática. Sin embargo, tal deducción no es aceptable. Pecaría de simplista, fuera de que implica caer en el mismo tipo de error político que se trata, precisamente, de combatir. La esterilidad del planteo democrático consiste, como es sabido, en que por adherir con fe supersticiosa a un esquema teórico y ubicuo de la realidad política acaba desentendiéndose y alejándose de ella. No. Aquí no interesa terciar en el debate de las formas posibles de gobierno, de discernir *sub specie aeternitatis* si la democracia es buena o mala, conveniente o inconveniente; ni siquiera de cargar sobre ella las culpas de todo lo nocivo que pasa y ha pasado en la Argentina. De lo que se trata es, simplemente, de comprobar, conforme lo indican los hechos, que el régimen democrático en vigor hasta el 4 de junio de 1943 carece hoy de posibilidades concretas de subsistencia; de subsistir tal y como fué. Lo cual proviene mucho más que de tales o cuales deficiencias formales de la democracia, de la pérdida de confianza colectiva, de la falta de fe pública en la fe democrática, en sus instituciones y en sus órganos partidarios. Sin que para el caso importe mucho investigar con minucia las causas del hecho señalado.

Asistimos, pues, conviene no engañarse, al planteo por definición revolucionario. Trabajo cuesta imaginar una revolución sin grandes barullos, sin tiros y cabezas cortadas o colgadas. Sin embargo, y por poco que se piense al respecto, tales notas cruentas no hacen a la esencia de las revoluciones. La temperatura gélida no es incompatible con ella. Estado de cosas revolucionario existe cuando de modo inequívoco cabe comprobar que un orden político dado —que un sistema de modos y formas de convivencia










pliegue de energía vital que ello supone, sea una tarea menos seria o menos ardua que el ejercicio del voto. Una mujer así, que tuviese plena conciencia de los valores de toda índole que van implicados en su actividad específica —despliegue de finos sentimientos, intuición afectiva de las cosas aparentemente más pequeñas, rápida comprensión —debido a una notable sensibilidad— de lo que huye sobre el instante imperceptible de un gesto, de una omisión, etc., una mujer pues, que valúe y sobrepese aquello que como tal posee en exclusiva propiedad no creerá haber cruzado los umbrales del cielo porque se le obsequie con una libreta de ciudadano.

Es verdad que la libreta de ciudadano significa nada menos que la posibilidad de ejercer una actividad sin duda superior a la actividad privada, ya que se trata de participar en la vida de la comunidad en cuanto tal, mas este tipo de actividad se circunscribe a cuestiones ajenas a aquellas donde la mujer siempre ha dominado, distintas pues de las propiamente suyas, de aquellas que siempre han requerido calidades humanas de que el sector masculino de la humanidad se halla desposeído en absoluto.

Ahora bien, como no estamos haciendo aquí la defensa del hombre sino la de la mujer, frente a los ataques de los feministas —esos eternos enemigos de la feminidad— no diremos por qué consideramos como privilegio del hombre —aunque haya excepciones— el "habitus" político, es decir la facultad discrecional de los asuntos públicos. Diremos solamente que cuando se otorga a la mujer la oportunidad de actuar en política o se le impulsa a ello no se le orienta por su propio derrotero sino que se le promueve a avanzar por caminos que no son el suyo. Hay un modo de proceder frente a la vida específicamente femenino que complementa el quehacer del hombre, pero que por eso mismo no se le identifica.

Puede sin embargo la mujer gravitar en los asuntos públicos; muchas lo han hecho y lo hacen, mas esa intervención —benéfica o perniciosa— sólo será eficaz si posee una modalidad típicamente femenina. El autor citado más arriba afirma que la mujer actúa como inspiradora en el mundo cultural, lo cual —añade— es cosa difícil de explicar ya que por la misma índole de esa actuación predominantemente sentimental resulta difícil traducirla en formas conceptuales. Ha habido mujeres que en tal sentido han influído poderosamente en la vida de las naciones; así la legendaria Helena, señala en la Hélade un punto crucial de determinantes acontecimientos, y nada hay por cierto más femenino en la tradición griega que Helena de Troya; la misma Juana de Arco —para referirnos a un caso totalmente distinto— que alumbra la historia de Francia con su real santidad y su heroísmo extraordinario, y que tanto influyó en la vida política de su nación, es no obstante todas las apariencias en contrario una figura auténticamente femenina; así, por ejemplo, nos hace notar Hilaire Beloc que nunca usó Juana de su espada para matar ni herir a nadie y que se ofrecía a los golpes de los enemigos sin devolverlos jamás, todo lo cual sería inaudito en un guerrero varón. Santa Juana de Arco, inspirada por Dios, actúa sobre sus soldados de un modo singular determinándolos a la lucha y a proceder como hombres guerreros mientras ella aunque vestida de varón y jefe del ejército se reserva el modo de proceder conveniente a su feminidad.

Sólo la fiebre moderna del igualitarismo puede desconocer las diferencias evidentes entre la psiquis femenina y la masculina. Es perturbar el orden natural de las cosas —no perfeccionarlo— inducir a la mujer a la adopción de modalidades trasplantadas y que resultan de suyo artificiosas. Los feministas, repetimos, subestiman a la mujer; desconocen que hay en ella valores específicos e intransferibles y que su perfección no consiste en ser igual al hombre, otro hombre, sino en complementarlo a éste, ya que "no es bueno que el hombre esté solo". De ello no habrá que deducir, claro está, que todas las mujeres deban irremediablemente casarse, sino sólo —y es lo que deseamos acentuar aquí— que la mujer aporta de por sí al conjunto vital humano algo propio, valores exclusivamente suyos, cuya excelencia no estriba en ser calidades que el hombre pretende enseñorearse sino en que por su misma naturaleza siempre serán propiedad y distinción de la mujer.

No creemos pues que el derecho de votar agregue mucho a lo que desde hace siglos se ha reconocido como un patrimonio de la mujer; sin embargo es de temer que la persistencia del siniestro feminismo enturbie no poco las gracias de la feminidad.

José M. de Estrada.

públicos— ha hecho crisis y perimido.

Pues bien, tal es, hasta ahora, el caso de la República Argentina. Adolece ésta de una situación revolucionaria, pero sin que hasta el presente tal situación se manifieste en violencias. De ahí que con tanto empecinamiento hayamos insistido nosotros en las ventajas sin par que las actuales circunstancias ofrecen. No, por cierto, que no advirtamos los inconvenientes, la desazón, la transitoriedad desesperante que todo estado revolucionario trae consigo, sino que tal estado de cosas revolucionario tiene lugar en circunstancias tanto internas como internacionales que autorizan a ver como muy posible una salida venturosa para el país.

De ningún modo sostenemos, pues, que haya que reemplazar las formas democráticas por unas antidemocráticas. De lo que se trata, más sencilla y perentoriamente, es de evitar por todos los medios posibles —y esos medios existen— que el país, debido al subsuelo revolucionario en que hoy se apoyan sus instituciones públicas, caiga en violencias extremas.

Pero no nos apartemos de nuestro propósito inicial de discernir la trayectoria peronista.

Todo parece indicar que el jefe del gobierno, a quien acaso escape la originalidad de su propia situación, no ceja en su afán de buscarse precursores, o mejor, de buscar precedentes a su revolución. Y lo que en el pasado inmediato mejor compagina con su sensibilidad y con su idea esquemática de que éste es un país explotado por una minoría oligárquica conservadora —la cual, sin embargo, para bien o para mal, eso lo dirá Dios, ha hecho, en no pequeña parte, el país que es nuestra patria— es el radicalismo. El radicalismo de Irigoyen. Y aquí es donde la cosa se pone peliaguda, o mejor, peluda; pues tan lejos de lo nuevo que representa Perón, tan comprendido en la condenación del régimen anterior al 4 de Junio, están los radicales de Irigoyen como los conservadores y otros secuaces de menor cuantía. A la vista salta que Irigoyen no fué sino el parásito del Régimen, de ningún modo su antítesis y contradictor efectivo. La popularidad del Sr. Irigoyen se alimentaba de jugos regiminosos o, si se quiere, de su condición de demócrata sincero que desenmascara el falso celo democrático del adversario. Mas el caso de Perón es totalmente distinto. Según ya lo consignamos, el rasgo diferenciador del peronismo —su originalidad— consiste en su completa, absoluta desvinculación del Régimen. O es otra cosa que éste o se queda en humo de paja, (con las nefastas consecuencias que de ello se seguirán para el país). Claro que ser original no es asunto fácil. En política es lo más difícil que imaginar cabe. Pero es original no el que quiere sino el que —pudiéndolo— no tiene más remedio que serlo. Que serlo o perecer.

Mejor, más cómodo, es, ya se sabe, participar de un orden estable y establecido y hacer dentro de él listas oficialistas u opositoras. Mas, la cosa es muy diferente cuando ¡qué le vamos a hacer! son los hechos mismos quienes nos ponen en el trance perentorio de desentendernos de una situación política perimida, de, crudamente, innovar.

Conviene, es altamente patriótico, insistir sobre lo anterior. Pocas veces, lo hemos señalado ya en otros artículos, a un país y a un gobernante se les habrán dado tantas ocasiones propicias de coincidir en un acierto político de formidables alcances nacionales como las que hoy se ofrecen a la Argentina y a su presidente. Desperdiciarlas, tornarlas nulas por falta de entereza en la aceptación de sus mutuos deberes —de los deberes de gobernantes y gobernados— es cosa que cuesta de veras creer, que no se puede aceptar ni siquiera hipotétiamente cuando de veras se sienten el país y su destino.

Que haya que esforzarse por conciliar el pasado con el presente; que, antes que nada, haya que dar cabida en una nueva convivencia justa y jerárquica a todos los sectores nacionales; que, más que cosa alguna distinta, lo que el país ansía es sosiego y estabilidad para poder con éxito hacer efectivas sus posibilidades de progreso, nosotros, solitariamente, desde las páginas de esta revista, lo hemos sostenido y repetido hasta cansar. Todo ello sí, mas con la condición de que el pasado sea asumido, encaje en un nuevo orden legal —democrático o demo-crítico— en que el país, en su ser entero, se exprese y manifieste, con la condición, de que lo viejo vaya a dar a lo nuevo y no a la inversa.

Muy arduo resulta tener que referirse a cosas y asuntos públicos cuyo perfil no aparece nítido aún. No sólo a incompetencia del que este artículo firma, sino a la dificultad, a la oscuridad de las cosas mismas debe atribuirse, pues, lo que aquí haya de aventurado y aun de contradictorio. Pero el autor se daría por satisfecho si, por lo menos, se le acompañara en su afán de encararse directamente con la verdad cruda, problemática y decisiva de la presente situación argentina.

MÁXIMO ETCHECOPAR.

LA PINTURA EN EL SALON NACIONAL

En el conjunto expuesto en el Salón Nacional, hay valiosos cuadros pero es excesiva la proporción de los que carecen totalmente de calidad.

La selección que antecede la apertura del Salón, puede llamarse *floja*: nos ha sido imposible encontrar el criterio que presidió la admisión y el rechazo.

De las trescientas obras que cubren sus paredes, hubiera bastado admitir las cien mejores pinturas, con lo que se hubiera ganado homogeneidad, y también dignidad, concentrando en pocas salas, las obras capaces de educar de veras al público.

Escapa a nuestro propósito actual, analizar cada uno de los premios discernidos: tomaremos algunos ejemplos de elecciones acertadas y señalaremos después, nuestros desacuerdos más notables.

Pero antes de referirnos a esto, diremos que el remedio para evitar que el Salón Nacional muestre todos los años el mismo defecto, podría consistir en la contratación de un jurado único y extranjero que el Gobierno podría hacer venir de Europa, eligiendo para ello un artista o crítico prestigioso. El hecho de ser extranjero lo libraría de vinculaciones y de esos compromisos, inevitables en el mundo de los artistas, cuyos resultados están a la vista.

Empecemos con los ejemplos tomando dos premios bien otorgados, Pronsato y Gómez Cornet, aun cuando nuestra conformidad provenga para cada uno, de causas distintas. En primer lugar, examinemos "El Camino de los Ñiris", por Domingo Pronsato, quien nos introduce con extraordinaria fuerza en el misterio de la selva cordillerana. El ágil pincel de Pronsato usa un óleo rico y vence la dificultad mayor del paisaje, que es darle ambiente y sugerir el prodigio de la naturaleza representada. Además su técnica, muy personal, insinúa las formas sin definirlas, empleando con moderación este recurso cuyo peligro es el abuso.

En el otro caso, los antecedentes de Ramón Gómez Cornet son los que justifican la adjudicación del gran premio, por encima de la obra elegida, que no satisface. El acento de toda su obra en general, es sincero; las figuras de Gómez Cornet se han apartado de la retórica, tienen algo de ascético que los ennoblece.

Por lo común, se ha privado aún de los recursos lícitos de la técnica para lograr pureza de emoción: ni colores brillantes, ni opulencia de formas, ni alarde de técnica personal o difícil, ni exhibición de sensibilidad ultra-refinada.

Pero todas estas cualidades no lucen en "La Urpila", el cuadro premiado, que desmerece al autor. La composición del dibujo es mediocre, apareciendo como superfluos y anecdóticos los detalles que rodean el motivo central. Quizá por afán de realismo, se ha pintado esa zona verde de los choclos que distrae la atención por brillar demasiado en un objeto sin importancia. En una palabra, no es por esta obra por lo que Gómez Cornet hubiera merecido obtener la distinción otorgada.

Otras tres obras premiadas se han de elogiar: "Día Gris en Tandil" por Rafael Bertugno, "Desnudo" por Santiago Cogorno y "Botellas y Frutas" por Roberto Rossi.

La de Cogorno, traslada al cuadro una gran riqueza de materia. Gradúa la luz con sobriedad y elegancia, no rompe el modelado de las superficies con luces bruscas, dibuja correctamente y compone bien: es en suma, un pintor que domina las más depuradas leyes plásticas y por ello se expresa sin dificultad.

El cuadro de Bertugno es agradable y luminoso; está bien realizado. En cuanto a "Botellas y Frutas" por Rossi, se aprecia en él, fina sensibilidad y lograda armonía de colores.

Dejando aparte los premios adquisición, a que nos referiremos más adelante, las demás adjudicaciones no invitan especialmente a detenerse, con excepción de algunas que al exhibirse en carácter de premios ante el público, resultan una especie de educación en contrario. En especial el primer premio, concedido a un boceto —"Beba"— sin interés alguno. También se destaca por parecido concepto el óleo "Nagasaky".

Para terminar con esta sección, señalaremos que es lástima que la inspiración de Reinaldo Monclús, le traiga a esa minuciosa descripción de detalles que fatiga en su "Torero". Lo anecdótico del traje y de lo demás, —pues aquí la anécdota predomina— absorbe todo el cuadro y no deja lugar al auténtico ambiente. Esperamos verlo en otro camino.

Veamos ahora las recompensas instituidas por los Ministerios: sacando a Pacenza y a Botti, que siguen en el plano de dignidad que siempre se les ha reconocido, lo demás es casi ofensivo, con excepción de "En el corral" que no ofende a nadie. A los escogidos para los Ministerios del Interior, Guerra y Relaciones Exteriores, preferimos no nombrarlos. Esa clase de inclinación a lo *nativo*, más que inclinación parece derrumbe.

De los dos cuadros presentados por Onofrio Pacenza, el "Paisaje de la Boca" es mucho mejor. La atmósfera, suavemente iluminada por el cielo, otorga al cuadro un carácter de poesía, que permite alabarlo sin reservas. Italo Botti, continúa su trayectoria de limpios colores y pintura honesta y delicada. Estas adquisiciones —Botti y Pacenza— son acreedoras pues, de aplauso.

A continuación nombraremos algunos de los expositores no premiados, empezando por Ernesto Farina quien envía "Paisaje Cordobés", verdadero exponente de maestría en el oficio, y por encima de ello realzado por una lírica viril, vigorosa. Farina merecía un premio importante y no debemos pasar por alto esta omisión del jurado.

Juan Carlos Castagnino progresa incesantemente; ha traído al Salón una pintura muy interesante, tratada con derroche de color muy sabiamente administrado. La figura es expresiva y pone de manifiesto la impetuosa inspiración de este artista. Sin embargo, no le vendría mal añadir algo de serenidad; se nota que no todas las partes del cuadro han sido estudiadas con el mismo cuidado: la zona superior de la figura, —por ejemplo— ha sido mejor dibujada que el resto. No obstante estos repa-

ros, el nivel de la obra se mantiene elevado.

También Raúl Soldi se supera en "Figura", óleo expresivo y sobrio, acabada muestra de la eficacia artística del autor.

La naturaleza muerta "Pescados", de Ignacio Colombres Galíndez, reitera la buena impresión dejada por las obras suyas que hemos visto anteriormente. Logra expresar la emoción producida por la visión de las cosas simples, en un lenguaje limpio e inteligente.

Muchas otras obras tienen derecho a ser elogiadas y nombradas pero nos contentaremos con mencionar a Lola de Lazarreta y a Juan del Prete, que dentro de terrenos muy alejados, cada uno de ellos en forma diferente merecen que los alabemos. Del Prete en su audaz genialidad y Lazarreta en su fina sensibilidad y dominio del tema.

No hemos pretendido que esta crónica contenga una nómina completa, ni mucho menos, de los expositores buenos y malos del salón. Quiere mostrar las impresiones más salientes del recorrido del certamen y por sobre todo pretende señalar el remedio —jurado extranjero y único— para los males de la admisión sin criterio y de las recompensas mal otorgadas.

MIGUEL RETO.

M I R I L L A

El mejor comentario sobre las nueve declaraciones del gran farsante, ha sido hecho por Mr. Truman quien se limitó a decir estas nueve palabras: "Las declaraciones del señor Stalin hablan por sí mismas". (La Nación del 28 ppdo. 1ª pág. 8ª col. in fine). Que es como decir: no quiero entrar en el juego de contestar mentiras con engaños, ni tampoco deseo caer en la tentación de refutarlo mostrando mi juego. Ahí están; léanlas e interprétenlas ustedes: hablan por sí mismas.

No vamos a seguir una a una las respuestas del dictador ruso al cuestionario que le propuso el Sunday Times de Londres y que aparecieron en todos los diarios del 25 del mes pasado. La ola de ingenuo optimismo que suscitó perdura todavía y nadie de los que sigan con algún interés los estertores de la paz que estalló el año pasado, puede haberse desentendido de su lectura.

La opinión corriente se ha contentado con las primeras palabras de la primera respuesta y ha dado un inmenso suspiro de alivio con su frase inicial: "No creo en el verdadero peligro de una nueva guerra" y se ha tranquilizado con respecto a la propagación comunista, con la última frase de la última declaración: "El comunismo en un solo país es perfectamente posible, especialmente en un país como la Unión Soviética". Astuto como él sólo, el *hombre que ríe* ha sabido comenzar y terminar con calculadas palabras de apaciguamiento: ni hay guerra ni el comunismo es artículo de exportación, pero... "las declaraciones del señor Stalin hablan por sí mismas", dixit Truman. Veamos cómo hablan.

Pero, antes, brevemente, situémoslas. Terminada la guerra, o más exactamente, aniquilada Alemania, las naciones amantes de la paz se aprestaron a legitimar esa unión para dar felicidad a los pueblos. Sabemos lo que pasó. Dos o tres conferencias "de paz" sólo sirvieron para consolidar bloques y zonas de influencia, mientras los tres grandes se repartían apresuradamente el cuerpo del gigante caído y los dos del mismo idioma contra el otro, luchaban —y aún pugnan— los unos para retener y el otro para abordar el Mediterráneo, clave del dominio del mundo mientras hayan cinco continentes. De esto último dan testimonio el tironeo de Trieste y de los Dardanelos, los "podrecca" de Serbia y de Grecia, la consolidación del Negus y el *flirt contre-coeur* español. Quemando etapas llegamos al reciente discurso de Byrnes con su teoría de Alemania, barrera de Occidente y al fresco llamado de Churchill a la unión europea. La violencia de esta ofensiva y la tensión del ambiente pueden medirse por el hecho insólito de que Wallace, uno de los más populares ministros yankis, haya sido sensacionalmente "renunciado" por haber manifestado opinión contraria a tal política.

Confrontado a estos hechos, Stalin contraataca con sus declaraciones, que situadas sobre ese panorama comienzan a *hablar por sí mismas*.

El espectro de una futura guerra, viene a decir comentando su ya mencionada primera frase, es agitado por militares y políticos (léase gobernantes angloyankis), con el objeto de aumentar el armamentismo y consecuentemente los presupuestos militares, para impedir de ese modo, la desmovilización y evitar así la desocupación en sus respectivos países. Cínico brulote de demagogia internacional, si se piensa en los veinte millones de soldados del paraíso soviético.

A renglón seguido se refiere a la unión europea, a la que, *en comunista*, califica de "cerco capitalista" y le lanza esta piedra a Churchill: "No creo que Inglaterra y los Estados Unidos puedan crear un cerco capitalista en torno a la Unión Soviética, aún si lo desearan, cosa que *no puedo afirmar*". Y sobre la teoría de Byrnes acerca de una Alemania, barrera antirusa, utiliza el lenguaje occidental y convencional (y falsísimo) de los políticos europeos y les argumenta *ad hominem*: "Creo que la desmilitarización y democratización de Alemania constituye una firme garantía de una paz duradera".

Pero a continuación no se defiende: ataca e inicia su ofensiva. La lleva ahora adonde le interesa. No ya a Europa donde ni *aunque lo desearan* podrían conmoverme, ingenuos que me dieron gratis el famoso "segundo frente" que necesité para zafarme del verdadero brazo de Occidente, sino al Asia que también será mía. Encarándose con los yankis les dice: "Creo que un *pronto* retiro de todas las tropas norteamericanas de China, será vital para la paz futura". Esto es lo que se llama un ultimatum disfrazado de invitación.

Y para rematar se entromete con nuestra bomba atómica, "que tiene en sí la fuerza de los soles", como dijeron oficialmente pre Nagasaki sus piadosos inventores. No cree en ella "como fuerza seria" se atreve a decir, en plena concordancia con nuestras sospechas personales, repetidas veces *mirilladas* desde estas columnas; la considera "destinada a intimidar a los que tienen nervios débiles" (sic) y termina previniendo: "Cierta posesión monopolista —que no puede durar mucho— (ojo) crea una amenaza".

Nadie nos ha podido explicar todavía cómo, de qué manera, con qué superficial juicio, han podido considerarse tranquilizadoras, apaciguantes, estas amenazantes declaraciones de las que con perspicacia inesperada Mr. Truman ha dicho bien que *hablan por sí mismas*.

CLEMENTE ESPEJO.

E L E G I A

"Todo es llegar la tarde sobre el mundo y creer que al fin regreso y anonadarme".

J. O. PONFERRADA

Dejad la voz sin eco que la nombre,
el cielo con derrumbe de cristales,
la evasión de la flecha luminosa
y el tiempo conspirando con la tarde.

Sobre el péndulo frío y monocorde
dejad la antigua queja de los sauces
y sobre la presencia de las cosas
este dulce recuerdo para el ángel.

Oíd en la penumbra convidada
la alegría de ayer cruzando el aire;
su paso sigiloso que se acerca
trayéndome el perfume de su imagen.

Escuchad el silencio florecido
en las ramas más verdes de los árboles.

Es su nombre de sueño amortajado
que viene desde un páramo distante.

Es ella que retorna pensativa,
con sus ojos cargados de paisajes,
y soy yo que la busco desolado,
escalando los últimos umbrales.

(Y evocando la sombra dolorida
en la triste elocuencia del instante
un gorjeo de pájaros heridos
con la agonía de mis soledades).

Inicial de silencio florecido,
víspera del amor sin desenlace.

ALBERTO J. DÍAZ BAGÚ







D I A R I O   D E   U N   B U Z O

Lunes.—Hablemos del caso Perón y de sus barbotantes afluencias políticas.

Cierta vez, verificadas ya las elecciones nacionales, dijimos a un entusiasta amigo que el 4 de Junio *iba siendo* una revolución democrática. Nuestro amigo, nos miró por entonces con bastante fastidio. Porque era de los que creían demasiado en las virtudes eufóricas, en las salutíferas emanaciones del 17 de octubre.

Y bien, el diagnóstico ahora se confirma. Toda la persistente gravedad del nuevo movimiento deriva de su entraña gregaria. Acaso sea, en este sentido, exacto el faccioso aserto que lo declara única revolución argentina. Pues aunque enumeremos muchas, revolución con toda la barba social, no ha habido aquí ninguna. Lo que hubo fué, fueron, *golpes* de Estado, formas más o menos apresuradas de rotación del poder. También el 4 de Junio —obvio es el recuerdo— se administra inicialmente de este modo.

Por ahí nosotros —el buzo y yo— coincidimos, mucho más de lo que pudiera suponerse, con determinadas opiniones corrientes. Cuando, por ejemplo, un buen radical se acerca a decirnos que sólo por el radicalismo se conoce la democracia en la Argentina, nosotros asentimos con singular convicción. En efecto, hay un *antes* y un *después* del radicalismo, que se distinguen como tonos diversos de vida pública, del mismo modo que ya cabe señalar un serio *después* del 4 de Junio. El antes del Noventa era ese país que hablaba al mundo con bisoño optimismo liberal por boca de sus ciertamente innocuos déspotas ilustrados. (La izquierda, un desierto entonces donde ayunaban unos cuantos desconsolados por lecturas de mala muerte). Después del Noventa, comienza a aplicarse la letra democrática como cuando en las huelgas el trabajo se realiza a reglamento. El radicalismo, pues, personifica la democracia que del ideológico más allá en que planeaba, baja al terreno de la política. Y así con su cilicio democrático se castiga, hace penitencia el beato liberalismo.

Pero lo que ahora deja atrás a los pobres radicales es la instancia social del recurso revolucionario. Y así como vimos el desplazamiento del liberalismo, hoy vemos a la democracia rebosante de cuestión social. Esta es la dialéctica del desorden. Es acertar en el descenso, imprimir velocidad a lo que ya corre cuesta abajo.

Por eso decimos que el peronismo ha resultado ser una especie de exasperada biología democrática. Sí, es la exasperación de un fin de régimen que se prolonga a través de descendencias desordenadas.

Pero conste, cuidado con los esquemas, cuidado con el índice que dibuja raciocinantes volutas en el aire. No en vano existe también en la historia un modo de libre albedrío. En todo esto hay una paradoja y un enigma: el peronismo es la democracia excepto, acaso, el propio Perón. Lo peor, por tanto, es el peronismo sin Perón o, como hasta aquí, Perón reducido a peronista. Mas el hecho de su popularidad política trae consigo la perspectiva del atajo cesarista. Y el gobierno de uno solo o consume la democracia en tiranía o la pone a tiro de una reacción con la fuerza misma de la revolución.

Jueves.—¡Qué gran tentación, sin embargo, la del esquema! ¡Qué cómoda salida, qué descanso, qué apoyo esto de tener a mano una explicación radiográfica de las cosas! ¡Cómo vista así, en diseño, en mental perspectiva, la realidad nos parece ser sumisa y estar rendida a nuestra soberana observación!

Pero los esquemas no lo son directamente de las cosas, sino de las ideas. Más que radiografías de aquellas nos suministran espectrales refracciones de éstas. Ideas de ideas —conceptos de otros conceptos— como si dijéramos literatura de literatura.

La realidad, a través de esquemas, se nos alcanza adelgazada, muy menuda, sutil, transparente, demasiado clara. Y compuesto el esquemático escorzo, sus líneas someras, su propia angulosidad tirante relajan el sentido de la medida, la escueta simetría abstracta. Y se acude al relleno, a la pintura, a la imagen, al color. Es el momento de los tópicos, de los redondos, rozagantes y adjetivos tópicos que en los esquemas se radican, se insertan. Y el lugar común, peligroso vecino del sentido común, se apodera del lugar lógico.

Dicho ello, prevenidos sobre tales escollos, que a la esmirriada navegación dificultan, reduzcamos a esquema nuestro enfoque de la historia política, mejor, cívica argentina. Historia, en todo caso, inédita aún a partir de la Organización.

Con la Organización puede afirmarse que gobierna, y reina, además, en la política, una clase liberal, teórica heredera en punto a tradiciones inmediatas, del jacobismo de derecha de Moreno y Rivadavia. Quienes típicamente la personifican ahora son Mitre y Roca, los hombres de más prominente influencia política y mayor gravitación en los sucesos. He ahí el auténtico cuño del régimen. El régimen empieza con la Organización y con el radicalismo se interrumpe y trasmuta. Durante el régimen el país ignora en absoluto la democracia. Por muchas razones. Entre otros porque el régimen es liberal pero no es nada democrático. En el Noventa, los primeros síntomas del malestar se manifiestan. La Unión Cívica tiene un aire cismático, negador. La lucha política ya no media entre personas a las que sólo distancia la personal situación puesto que todas aceptan los mismos valores entendidos. Al fin, Alem despotrica contra esos valores entendidos. Pide otro juego, otras reglas de juego. Quiere que se reconozcan los derechos políticos de la mayoría. Entonces, los quirites abren paso y se vota en los comicios de las tribus. Las derechas no recapacitan. Sin embargo, producen frente a la oscura ralea seudo tradicional de Alem la fresca progenie gringa de Pellegrini. Hasta aquí, la cosa pública no estaba diferenciada del culto doméstico. La ciudad era, como la Ciudad Antigua, todavía una suma de familias.

El régimen no supo presidir la transición. De veras *creía* en la democracia, en la medida precisamente en que, de hecho, la desconocía. El radicalismo da a conocer al país *la causa*. Sin que se discierna bien, esto significa: democracia contra liberalismo. Sin que se discierna bien: la causa no negaba los ideales del régimen. En resumen, la democracia incorporada al teórico Estado de Derecho, se contiene en los límites de una democracia política. Y las derechas andan todas corridas por tener que situarse a la derecha.

A su turno, pues, el radicalismo proporciona al régimen la dimensión democrática. La dialéctica liberal sigue adelante así. Por fin, el 4 de Junio impone el último tramo, el último *producido* desordenado: la democracia social. Y todo ello al margen de la profunda tendencia del país, todo ello sin vera *dirección política*.

Viernes. *La meditación del buzo*. — Esa creencia ya endurecida en credo académico que asigna a nuestras guerras civiles el carácter de una disputa sobre la exterioridad del régimen de gobierno, está desprovista de rigor mental. No es la forma centralista frente a la descentralizada lo que distingue a los unitarios de los federales. Esto constituye, en definitiva, la cuestión superficial. Los federales fueron localistas simplemente porque soportaban el imperio de las cosas, la abrumadora geografía, la inercia de la distancia y el tiempo. Pero no eran federalistas en tanto el federalismo como teoría política o régimen los atrajera. Resultaría en tal caso absurdo que la tendencia más cerrilmente patria, menos curiosa de lo foráneo, fuera la que bregara por un sistema tal cual el federalismo que era en absoluto exótico, recientemente importado de afuera. Fueron unitarios, doctorcitos unitarios, quienes suministraron el federalismo con su atuendo doctrinario à los caudillos que aprovecharon del campanudo pretexto y de la fraseología política, mientras iban tiñendo de rojo, acriollando, llenando de peculiaridades de la tierra, convirtiéndola en suya, esa fraseología advenediza.

Pero que los caudillos fueran localistas y los unitarios centralizadores a consecuencia de sus respectivos medios de actuación, no significa diferencia fundamental sobre la naturaleza y alcance del poder. Todos estaban por el gobierno fuerte, más aún, la existencia del gobierno estaba supeditada a la condición de fuerza. Se ejercía con prepotencia para que el poder llegara a sentirse, penetrara en todas partes demostrando su categoría de hecho contundente. Porque la emisión de todo otro vínculo que no fuera el doméstico y la falta de toda forma de culto público, requería que el gobierno para ser advertido se encaramase con ostentación.

La verdad es que en todo caso el centralismo unitario fué pretensión a un gobierno mayor, más vasto que el ambicionado por el localismo federal.

Sansoyo.